



A. de Miguel

Catedrático de Sociología.
Universidad Complutense de Madrid.

Correspondencia:
Amando de Miguel
Universidad Complutense de Madrid
e-mail: tabula@mad.servicom.es

El arte de envejecer

The art of aging

Conferencia de Clausura del 1.º Congreso Iberoamericano de Enfermería Geriátrica y Gerontología. Logroño 11 Abril de 2000.

El envejecimiento es un proceso natural, que se asigna a los individuos y a las sociedades. En ambos casos puede ser considerado, pasivamente, como algo inevitable, fatalista. Pero cabe verlo también con un criterio voluntarista. Se habla así del "arte de envejecer", que es una metáfora aplicable al tránsito de una sociedad tradicional a otra compleja. Si bien se mira, la sociedad actual, diferenciada y compleja, alcanza ese estadio porque muchas personas practican con éxito el "arte de envejecer". Dicho de otro modo, el aspecto más distintivo de la sociedad actual es que hay más viejos que en épocas anteriores. Ya ese hecho revela que las edades anteriores han sabido vivir mejor que lo hacían en tiempos pasados. No otra cosa es el progreso. El ideal, para el individuo y la sociedad, es que la vejez sea un estadio de plenitud, de recompensa. Estamos muy lejos de ese ideal utópico. Habrá que recobrar el estímulo del mito de la edad dorada.

La edad dorada era la ensoñación mitológica de un pasado impreciso de abundancia y ocio donde se daba la ilusión de la eterna juventud. Para los españoles la obligada autoridad es la de Don Quijote en su irónico discurso a los cabre-

ros, que empieza así: "Dichosa edad y siglos dichosos aquellos a quienes los antiguos pusieron el nombre de dorados". Entre otras maravillas de esa feliz arcadia, aparte de las "robustas encinas", estaba el hecho de que "no había el fraude, el engaño ni la malicia". Es decir, no se daba el desengaño de la vejez.

El hermoso mito de la edad dorada tendríamos que trasladarlo, dada la vuelta lógica, a aquel estadio biográfico dispuesto a recorrer el último cuarto de la línea de la vida. Tendría que ser un buen momento, meditado y auténtico, compensatorio de las fatigas de la juventud y de la madurez, ya pasadas. Simplemente, uno empieza a darse cuenta de que envejece. De nada vale el razonamiento de que ese proceso acompaña a la vida entera. No, empieza a notarse a partir de una estación en el carrusel de las edades, cuando uno se siente talludo. Es una calificación que, por ambigua, requiere el diminutivo. Nota uno ese estadio de empezar a ser talludito cuando los demás empiezan a decirle que parece que representa menos edad de la que realmente acumula. Así como la adolescencia prepara la juventud, la "talludez" prepara lo que ni se sabe cómo llamar: vejez, ancianidad, tercera edad. Cualquier eti-



120 queta se hace en seguida despreciativa. No basta con viejo, sino que se redobla el carácter peyorativo con *valetudinario*, *vejancón*, *vejestorio* o *viejales*. Sancho Panza decía *vejote*. Es extraño que pueda tener un sentido afrentoso algo que termina por afectar a todos los humanos. Si la vejez es un carácter ponderativo para los vinos, los libros o las obras de arte, ¿por qué no puede ser lo mismo para las personas?

¿En qué consiste la especificidad de esos “años dorados” en los que el talludo prepara su vejez? Habrá que distinguir aquí los recursos con que cuentan los que envejecen. Las posiciones humildes, manuales o de servicios rutinarios, perciben la vejez con preocupación. Disponen de menos ingresos y de más tiempo libre que no saben cómo llenar. En cambio, las ocupaciones que manejan papeles o discos informáticos contemplan con tranquilidad esa meseta de la vida en la que se han superado las urgencias económicas. Ya no tienen necesidad de merecer, competir, agredir. No hay por qué ceder siempre a las imposiciones de los prepotentes. Puede disponerse uno a hacerse el homenaje tantas veces pospuesto. Ya no hay por qué diferir tanto las gratificaciones. Claro que para llegar a esa solución personal satisfactoria, la sociedad debe organizar muy bien los resortes que dan seguridad a la “última vuelta del camino”. La expresión es de las Memorias de Pío Baroja, que empieza a escribir las varios decenios antes de su muerte.

Es sabido que durante todo este siglo se ha producido el hecho, verdaderamente excepcional en la Historia, del aumento de la esperanza de vida. Visto por el otro lado, quiere decir que, edad por edad, se van reduciendo las tasas de mortalidad. Ahí es donde hay que introducir el matiz. No todos los grupos etáneos ven minorar su probabilidad de muerte con el mismo ritmo para las distintas fechas. Durante la primera mitad del siglo lo más notorio ha sido el descenso de la mortalidad infantil. Sigue descendiendo la probabilidad de morir, pero con ritmo ya más pausado, en el resto de las edades. Hace unos pocos lustros empieza a vislumbrarse el hecho novedoso del avance de la longevidad, esto es, el descenso agudo de la mortalidad entre los 55 y los 75 años. En el momento actual hemos llegado a un alto en el tradicional descenso de la mor-

talidad infantil; nos acercamos al límite que podríamos llamar genético. En cambio, continúa animoso el aumento de la longevidad, que se aplica a partir de los 55 años. Lo verdaderamente nuevo es que entre los 15 y los 55 años se está produciendo un rebrote de la mortalidad. El suceso empezó hace una generación en el grupo juvenil de varones. Ha ido ascendiendo por la pirámide de edades y se extiende cada vez más a las mujeres. Ese inesperado ascenso de la mortalidad se debe sobre todo a las causas que afectan al estilo de vida: tabaco, alcohol, drogas, velocidad, estrés, nutrición agresiva, sedentarismo, promiscuidad sexual. Cada una de ellas es una causa menor, liviana, pero hace que tire de otras hasta provocar la muerte en el caso extremo. Esas causas de muerte afectan mucho menos a partir de los 55 años. De ahí que se produzca el contraste entre el sistemático aumento de la longevidad y la creciente letalidad en la población de 15 a 55 años. Es una lección de lo que significa hoy día el cambio de estilo vital con el comienzo de los años dorados. Precisamente porque el fin de la vida es inexorable (y conveniente para la especie), las personas de una edad talluda empiezan a cuidarse de modo especial. Logran sobrevivir más. Es un hecho que no había ocurrido desde Matusalén, sólo que Matusalén fue un mito compensatorio, el equivalente de la Arcadia feliz donde no existía la vejez. Ahora el aumento sistemático de la longevidad es un dato comprobado y con notables consecuencias. Un manual de higiene de mediados del siglo pasado, el de J. A. Salgues, lleva el título *Higiene de los viejos o consejos a las personas que no pasan de 50 años*. El medio siglo no es hoy el límite de la jubilación, pero sí representa el momento de empezar a practicar el arte de envejecer. Lamentablemente, es también la etapa vital en la que empieza a plantearse la “jubilación anticipada”. Puede que sea otra pequeña causa que tire a los factores que minan la salud.

Se podría suponer que el grupo de jubilados que habrá dentro de unos lustros va a tener una salud especialmente vulnerable. La razón es que no será tan “seleccionado” por la mortalidad como lo han sido las promociones anteriores de viejos, supervivientes de muchas calamidades. Es un argumento, pero hay otros que lo contrarres-



ran. Fundamentalmente, se trata del avance en las ciencias de la salud, que no es rectilíneo. La II Guerra Mundial supuso un verdadero “salto cuántico” en esa trayectoria con el descubrimiento de los antibióticos y el desarrollo de la cirugía. Ahora mismo se está produciendo otro de esos saltos que afecta al conocimiento y tratamiento genéticos, o mejor, con acertado neologismo, *génicos*. Ese nuevo impulso va a beneficiar el dominio de las enfermedades degenerativas, que son las típicas de las personas ancianas. Así pues, por este lado hay que prever un notable avance de la longevidad para los primeros decenios del siglo XXI, cosa de la que dudan algunos sociólogos. De todas formas, el balance es modesto entre los dos movimientos dichos. Es decir, tampoco está la vista del momento en que los hombres puedan vivir más de 150 años, como muchos sueñan. Es el mito de Matusalén renovado.

No es sólo que haya más viejos que antaño. Lo fundamental es que esos años de más que se viven lo son con mejor salud física y sobre todo mental. Los pocos viejos que antes resistían se hallaban sujetos a largas enfermedades. Desde luego, hace un siglo era impensable que una persona de 60 años se planteara un nuevo plan de vida, con renovados intereses, afectos, dedicaciones.

Al menos por el lado negativo ya sabemos lo que facilita la longevidad: reducción de las dosis perniciosas de tabaco, alcohol, drogas, velocidad, estrés, nutrición agresiva, sedentarismo, promiscuidad sexual. Pero eso solo alarga la vida. Lo fundamental es llenar esa vida de contenido, ilusión, curiosidad, quehacer. Eso es lo más difícil. De ahí que el envejecer sea un arte. Desborda lo que saben los médicos o los nutriólogos. Parece incluso que es contradecir a la naturaleza. Mas no otra cosa ha sido el progreso general de la sociedad y concretamente el aumento de la esperanza de vida durante este siglo.

Ahora hay que empezar a contradecir, no ya a la naturaleza, sino a la sociedad. La última tendencia es la de adelantar cada vez más la edad de jubilación de hecho. Las “jubilaciones anticipadas” o “prejubilaciones” son una forma de paro encubierto. Habrá que dar la vuelta a esta idea hasta el punto de que algunos derechos sociales pueden llegar a convertirse en rémoras del progreso.

Lo fundamental es introducir la noción de que la actividad, la capacidad productiva incluso, no tiene que terminar forzosamente a una edad. El público asiste confundido a la imposición social de las “prejubilaciones”. Al tiempo comprueba cómo muchas personas de más de 70 años son influyentes en el mundo político, religioso, económico. Un caso llamativo, en la España actual, es el de José Barea, hasta hace poco activísimo director de la Oficina de Presupuestos, bastantes años después de jubilarse como catedrático. Ya en esa situación de retiro forzoso dirigió un exhaustivo informe sobre la jubilación desde el servicio de estudios de un Banco. Un caso parecido es el de Manuel Fraga, quién después de jubilarse como catedrático, ha ganado varias veces la Presidencia del Gobierno gallego por mayoría absoluta. Además de esa dedicación, Fraga ha seguido publicando libros a un ritmo que para sí quisieran los opositores a cátedras.

Otra cosa es la idea de la *excedencia voluntaria*, que es a lo que vamos. Desgraciadamente sólo puede aplicarse a la minoría de las ocupaciones que trabajan con piezas de información o de conocimiento. Son las llamadas profesiones libres en su sentido más amplio. Simplemente al llegar a una edad talluda, muchas personas con posibles, se aprestan a cambiar de vida. Se disponen a seguir produciendo, pero sin tanto ajetreo. En lugar de seguir como asalariados, con jornada fija, pasan a ser una suerte de administradores de sus recursos propios. A ello puede contribuir el ahorro que se ha hecho a lo largo de la vida, sea en vivienda, valores mobiliarios, seguros o planes de pensiones. Claro que el ahorro más valioso puede ser la acumulación de conocimientos, la experiencia de saberes útiles, el sentido de la responsabilidad. Son esas las cualidades que se piden hoy en muchos empleos de tipo profesional o directivo y no tanto la memoria, la fuerza, la resistencia física. Por eso mismo asombra la persistencia de una legislación laboral que puede llevar a esta contradicción: va a haber tantos años de vida de trabajo como de vida desocupada. No hay sociedad, por opulenta que sea, capaz de mantener ese esquema de seguridad social, sobre todo con una natalidad mínima. Esa es la preocupante situación que corresponde a España en este momento de finales del siglo XX.



No hay que esperar que el círculo perezoso se resuelva por el lado de las reformas legales. Por eso mismo propugno una ruptura a través de la suma de muchas decisiones individuales. Tanto es así que escribo estas páginas primariamente para mí mismo. Esta es la ventaja de los escritos de los "años dorados". Puede introducirse en ellos la primera persona con más naturalidad. Al aproximarse a la edad de la jubilación, lo mejor es anticiparse con una *excedencia voluntaria*, a falta de mejor nombre. No se solicita a ninguna institución. Simplemente se la aplica uno a sí mismo, si es que le dejan, claro está. El propósito es el de ir reduciendo la carga de trabajo, pero no la capacidad productiva. Para ello se requieren otras muchas condiciones de salud, cuidado, satisfacción afectiva, equilibrio emotivo. Todo eso no se puede tener como se desea, pero lo que se requiere es proponérselo. Basta con mantener viva esa constante expectativa, aunque sólo sea para llevar la contraria al envejecimiento natural. Como sostenía un viejo muy activo, Santiago Ramón y Cajal, la vejez es ante todo la pérdida de curiosidad. El famoso científico no la perdió nunca, aunque la sordera le fue haciendo naturalmente desconfiado y arisco. También es verdad que la disminución parcial del espíritu de curiosidad puede ser una defensa muy racional. El viejo necesita administrar bien el escaso tiempo. La dificultad mayor es que la apetencia por el conocimiento no mejora mucho con la edad. Es una de las cualidades que se genera (no se sabe por qué) en la infancia.

Un efecto inmediato del envejecimiento es la creciente preocupación por la salud de uno y de los que le rodean. El viejo se nos hace hipocondriaco y valetudinario. Esta reacción es muy conveniente, puesto que, según se envejece, aumenta la probabilidad de sufrir algún malestar crónico. Es fundamental que los viejos no vivan solos, que dispongan de teléfono y que su domicilio no esté lejos de una farmacia, un centro de salud. Más adelante volveré con más detalle sobre los requisitos de lo que llamo la *excedencia voluntaria*. De momento anotemos la excepcional atención que se concede a la salud.

Claro que más preocupación por la salud muestran los que escriben sobre la vejez. No es el aspecto más interesante, porque no va mucho

más allá de la simpleza de que, con la vejez, el cuerpo se resiente y se acerca a la muerte. Eso no es decir mucho. Hay que conceder más atención al hecho de que el envejecimiento, sobre todo el inicio de la edad dorada, es una fase distinta y apasionante de la biografía. Hasta que no se llega a ella, no se siente que la personalidad de uno es la que dirige plenamente sus actos. Esta confianza es fundamental, por ejemplo, para redoblar la curiosidad intelectual o artística.

En los estadios anteriores de la biografía tenía demasiada fuerza la acción de los demás, el qué dirán y sobre todo el qué pensarán. Desde fuera, se suele juzgar al viejo como un egoísta. Puede que sea más bien una persona (por fin) autónoma y responsable. Este sorprendente descubrimiento se debe a un cambio de enfoque. La vejez deja de ser fundamentalmente la etapa terminal (la ancianidad o senectud propiamente dichas) para considerar más bien la fase en la que se despega del estadio anterior de madurez. Este es precisamente el punto de vista que adopta el arte de envejecer. Lo ha precipitado el hecho estadístico del aumento sensible de la longevidad. Esto quiere decir, entre otras cosas, que queda por delante un gran trozo de la vida en la que el sujeto no tiene obligación de cuidar a los hijos. Hace un siglo, y en los anteriores, ese lapso era mucho más reducido. Las biografías de entonces, a los ojos de hoy, nos parecen sumamente cortas. Hace un siglo era muy corriente que las personas murieran antes de ver criados a todos los hijos y sobrinos.

Aunque parezca ocioso decirlo, conviene señalar que lo que se llama envejecimiento de las poblaciones es el resultado de dos fuerzas principales: 1) El descenso continuado de la natalidad (reforzado por el factor migratorio, por ejemplo, el retorno de antiguos emigrantes); 2) El hecho de que las cohortes de distintas edades logren sobrevivir cada vez más. Las dos circunstancias al unísono determinan que "cada vez haya una proporción mayor de viejos en la población". Pero esa verificación estadística no equivale al envejecimiento. El cual es más bien el segundo proceso antes dicho. O sea, el envejecimiento propiamente dicho no se predica de una población, sino de una cohorte (personas de la misma edad) e incluso de personas concretas. En rigurosa teoría,



una persona empieza a envejecer desde el momento que nace. En la práctica se trata de un sentimiento que sólo paulatinamente se va apreciando hacia el final del estadio de la madurez. Los talludos son conscientes de esa sensación hasta que se instala con fuerza en la mentalidad de los viejos. Es curioso que se muestre con características negativas, cuando realmente significa que se vive más que las cohortes anteriores de la misma edad. Es decir, se dilata la longevidad. La explicación de esa paradoja es que esa comparación auténtica la hace el observador. En cambio, las personas que envejecen no se comparan con las que estaban en ese mismo estadio en fechas anteriores. La comparación la establece cada persona que envejece con ella misma unos años antes. De esa forma, el envejecimiento no se ve como el aumento de la longevidad y la mejora de las condiciones de vida respecto al pasado, sino como un deterioro físico y mental. Puesto que continúa, la sensación va siendo la de decadencia, decrepitud.

Tanta es la inversión de los dos significados de envejecimiento que una sociedad donde cada vez hay más viejos se juzga como triste o problemática. Es común la manida referencia al "reto" que supone todo esto. Se habla incluso de "amenaza". ¿Tan difícil es imaginar que lo que había antes del envejecimiento era una alta mortalidad? Eso sí que era un castigo. No se quiere ver que nuestra sociedad es un éxito porque ha logrado que sus habitantes vivan más años que sus antepasados. Suele suceder, además, que el hecho de vivir más años signifique mejores condiciones de vida. La falta de ese reconocimiento se extiende a la observación de las personas sobre sí mismas. El hecho de envejecer no lo consideran como lo que significa primariamente un éxito. Naturalmente, para calibrar ese éxito, no pueden dialogar con las personas de la misma cohorte que han fallecido. Eso es también envejecer, la imposible conversación con las personas que nacieron por las mismas fechas y que han fallecido. En la ancianidad la proporción de esos "ausentes" empieza a ser tan alta que la falta de la citada "conversación" con los pares difuntos puede llegar a atribular. Claro que los atribulados por lo menos están vivos.

A los expertos que andan agobiados con el "reto" o la "amenaza" del envejecimiento les de-



bería preocupar otro problema demográfico del cual nunca se habla. Es la tasa creciente de mortalidad en el estadio de la juventud y de la madurez. Precisamente sobre ese fondo destaca el envejecimiento en su sentido estricto. Es un lugar común el dicho de que los viejos, para serlo menos, deben imitar el estilo de vida de los maduros. Más bien habría que recomendar lo contrario, que los maduros trataran de copiar el estilo de vida de las personas de más edad ("más mayores", como se dice puerilmente).

Lo que tiene que preocupar a la sociedad no es tanto las muertes sin más como las muertes evitables que son las que inciden sobre la población antes de envejecer. Otra cosa es que a los viejos les preocupe su propia muerte, que la ven más cerca que los jóvenes. Pero esa muerte re-



124 sulta inevitable. Bastante es que se logre retrasar ese momento sin perder mucha curiosidad por el mundo.

Para los que hablamos una lengua romance la muerte es femenina. Nos la representamos como una mujer, lo que supone un morboso atractivo si somos varones. Ante estos caprichos del lenguaje, al pensamiento le cuesta ser equitativo respecto a la igualdad de los sexos. Por fuerza tiene que ser distinta la idea de la muerte que tiene un alemán o un sueco, puesto que para ellos es una criatura del género masculino, es un caballero. También en la mitología clásica se producía la imaginación de un joven dios, Tánato, que no era propiamente la muerte, sino el mensajero que a ella conducía. Otra figura masculina era Caronte, el barbudo barquero que ayudaba a las almas difuntas a atravesar los canales que separan este mundo del reino de Hades. Ese paraje, vagamente subterráneo, era el de los muertos. Todas estas imágenes míticas, por variadas que sean, coinciden en que el hecho de morir es un viaje, un tránsito. Hay una figura corporal que hace de intermediaria o acompañante en ese proceso. Los ritos católicos del viático y la extremaunción tienen ese mismo sentido. Con todo ello se da un sentido a la vida, que es un viaje, un camino, en el doble sentido de la vía y el hecho de recorrerla. Desde la última vuelta del camino, titula Pío Baroja los tomos de recuerdos y memorias. Otro octogenario, Norberto Bobbio, transmite la impresión de que la vejez es la sensación de que ya no queda tiempo de superar la última etapa del camino de la vida. Lo que se impone entonces es el recuerdo. Seguramente es esa operación de la memoria donde se fija la imagen vital con que se interpreta la vida. A pesar de las variaciones del cuerpo y sus circunstancias, la unidad de la conciencia es tal que queda la biografía como una especie de peregrinación.

Lo característico del hombre no es que sea mortal, sino su indeclinable deseo de inmortalidad, por imposible que pueda parecer. El cual se cumple analógicamente de mil modos. Hay quien se hace levantar un magnífico mausoleo. Los más se conforman con el sencillo expediente de identificarse con una religión que les promete reunirse en el otro mundo con los seres queridos. Por cierto, no está dicho qué pasará cuando en

el otro mundo uno se encuentre también (será inevitable) con los seres menos queridos o incluso los odiados. Aparte de la religión, hay algunos otros dispositivos para lograr la ilusión de inmortalidad. El más corriente es tener hijos, que engendren nietos, y así sucesivamente. Un procedimiento menos frecuente, más simbólico, es el de producir obras identificables que sobrevivan a esta generación y a poder ser a algunas más. Es lo que intenta el artista, el escritor, el empresario, el político. En mi caso particular, la supervivencia simbólica se logra mediante algunos escritos míos que servirán para que alguien pueda conocer el pasado que para mí ha sido el presente. Decían mis maestros de la Columbia University que la justificación del sociólogo es la de proveedor de datos para los historiadores o los arqueólogos del futuro. Esa invisible solidaridad a través del tiempo, superior a varias generaciones, es una forma complaciente de acercarse humildemente a la noción de inmortalidad. Así se entiende mejor lo de la "religión de la ciencia", que decían los positivistas de antaño.

Algunos sociólogos entienden que el establecimiento de grupos de edad, con límites convencionales, supone crear "barreras ficticias" y, por tanto, perjudiciales. Paparruchas, los límites etáneos tienen que ser convencionales, pero acaban siendo reales. La enseñanza obligatoria acostumbra pronto a los niños a saber en qué curso están, lo que se corresponde mecánicamente con su edad. La fiesta de cumpleaños, que antes no existía en España, es ahora un rito obligado. Los compañeros de curso cumplen los mismos años. Cualquiera le dice a un niño que el día de su cumpleaños es un día "ficticio". Tampoco lo es el paso a la mayoría de edad (18 años) o a la jubilación (65 años normalmente). Esos u otros límites tienen un sentido real porque durante mucho tiempo ha sido así. La convención de la edad es, junto al sexo y al nombre, el dato fundamental de la identidad de una persona. No es ningún capricho, y sí algo muy útil, la agrupación de las personas por la edad que tienen. Obsérvese que todo el mundo (incluso las personas más radicales en contra del aborto) calcula la edad desde el momento del nacimiento, no de la concepción.

Aunque la esperanza de vida ha variado mucho durante el último siglo y medio, desde muy



antiguo se conserva una idea estable de lo que significa la sucesión de los grupos etáneos. Digamos que, aunque el tiempo es un continuo, su medida se hace con unidades discretas. El procedimiento se proyecta sobre las etapas de la biografía. Veamos algunas muestras.

En el Libro de los Salmos se canta este verso: "La duración de nuestros años es de setenta, y ochenta en los más robustos" (Salmos 4,90:10). Por ahí se entrevé lo que nuestros antepasados consideraban que era el límite práctico de la línea de la vida. Las historias sobre la extrema longevidad de Matusalén y otros patriarcas eran sólo piadosas leyendas. Las han asimilado otros muchos pueblos.

Aristóteles establece que a los 49 años de edad se encuentra la plenitud mental (Retórica, 1390 b). Era un juego pitagórico de establecer la secuencia del ciclo vital a través de múltiplos de siete ($49 = 7 \times 7$). Según ese juego a los 56 años (7×8) empezaría la declinación vital. La vejez podría entrar a los 63 años (7×9). Bien es verdad que en la época de Aristóteles (como hasta hace poco más de un siglo) la esperanza de vida al nacer no pasaba seguramente de los 40 años como promedio. Es decir, el estadio de la vejez correspondía a un elenco reducidísimo de personas. El cual gozaba de gran predicamento. Sócrates se enfrenta al episodio definitivo del juicio a los 70 años.

Shakespeare recoge la tradición de las "7 edades" en que consiste cada uno de los "actos" del teatro de la vida. No era una novedad. El genial dramaturgo respiraba por una larga tradición. Podemos recomponer la tabla de las 7 edades de la tabla pitagórica de la forma que indica el cuadro adjunto. Los límites entre uno y otro escalón quedan, a veces, deliberadamente solapados para indicar que no son comportamientos discretos, sino que se solapan para establecer la continuidad biográfica. Como puede verse, los intervalos no son iguales. Los dos primeros estadios comprenden un módulo de 7 años cada uno. Luego integran 2. Esta característica es consecuente con la noción vital de que el tiempo corre más despacio durante la etapa de crecimiento (los "años de cera").

Se suele decir que, en la escala de las edades, hay unos grupos "dependientes" de los otros. Serían de-

Las siete edades pitagóricas

intervalos septenales (años desde el nacimiento)	edades	estadios
0-7	1. infancia	<i>años de cera</i>
7-14	2. adolescencia	(dependientes de los padres)
14-21	3. juventud	
21-28		
28-35	4. madurez	<i>años de hierro</i>
35-42		(activos y reproductivos)
42-49	5. talludez	
49-56		
56-63	6. vejez	<i>años de oro</i>
63-70		(dependientes de los hijos)
70-77		
77-final	7. ancianidad	

pendientes los estadios que llamamos "de cera" o "de oro" porque su subsistencia necesita la ayuda del grupo central más activo, el de los "años de hierro". Hay sociólogos que consideran impropio esa noción de dependencia, al menos para los jubilados, puesto que han cotizado antes para recibir ahora las pensiones. Sin embargo, procede hablar de dependencia porque lo que en su día pagaron los jubilados actuales se lo comió el Fisco. Es más realista la presunción de que los impuestos actuales, que pagan fundamentalmente los activos, sirven para pagar los gastos sociales de la "edad de cera" y la "edad dorada". Tampoco estamos en un sistema socialista, así que, a título privado, los hogares suelen pagar muchos gastos de la "edad de cera" y la "edad dorada". La relación de dependencia no es sólo dinero, sino afecto y todo lo demás que da la familia, aunque aquí las relaciones son más bien recíprocas. Pero esa regla es la normal en la vida social. No es ningún desdoro que los viejos dependan de la "edad de hierro".

Los estadios dependientes se pueden ver también como egoístas, mientras que la "edad de hierro" es la sacrificada y altruista. "La ancianidad da derecho al egoísmo", clama Don Rodrigo, el protagonista de *El abuelo*, de Galdós (escena III). Para justificar ese egoísmo, el autor lo describe como un anciano decrepito, gruñón, medio cie-



go. Nos hacemos a la idea de un personaje valedudinario, pero, al llegar a la escena IV, nos percatamos de que sólo tiene 60 años. Para la mentalidad actual sería una edad sospechosa como para convivir con una chica de 15 años, que cree ser su nieta. Hoy, que hablamos de "parejas de hecho", sería difícil encontrar una tan extravagante. Ese es el privilegio de la literatura.

Podemos añadir una versión psicoanalítica de las siete edades pitagóricas a través de los trabajos sobre el "ciclo vital" de Erik H. Erikson. (Manejo la última obra, en colaboración con Joan M. Erikson, *The Life Cycle Completed*, New York: W. W. Norton, 1982.) Se trata de una adaptación, más que una traducción, dado el carácter hermético de la terminología original. Intento mantener el espíritu de Erikson, realmente imaginativo. Las siete edades son ahora 8 (por lo mismo que los 3 mosqueteros eran 4). El punto de vista psicoanalítico hace que la clasificación amplíe el número de estratos en las primeras edades de la vida. Lo sugestivo es que cada una de ellas aporta un rasgo positivo y otro patológico. La realización de la biografía consiste en aprovechar el impulso positivo que tiene cada edad y superar fácilmente el lado patológico. Cuando no se logra esa operación, se produce una fijación en la edad correspondiente, que sirve de refugio. La biografía se detiene, por así decirlo, en una especie de crisis de personalidad, aunque avance el tiempo objetivo. Es un suceso anormal que en definitiva produce sufrimiento. Por cierto, una de esas crisis es la de la "adolescencia", que originariamente quiere decir "empezar a sentir dolor". El cuadro de las 8 edades o etapas del ciclo vital de Erikson, con libérrima adaptación, quedaría así:

La pareja de conceptos para cada etapa vital significa que por uno se avanza y por el otro se retrocede. La vejez se caracteriza por la polaridad "conocimiento-desengaño". Dice el refrán castellano que "más sabe el diablo por viejo que por diablo". Esa sabiduría es doble. Es la que da la experiencia, el haber conocido el mundo, pero también la malicia que supone la acumulación de desengaños.

Se puede llegar a una síntesis de las distintas clasificaciones al aceptar una más operativa. De nuevo son 7 grupos, aunque no estrictamente los pitagóricos. La clasificación aceptada se adapta tanto a la sociedad tradicional (hasta la segunda mitad del siglo XX) como a la actual. Estos son los 7 grupos que resultan:

edad	intervalo
primera infancia	0-6
infancia escolar	7-13
adolescencia	14-17
juventud	18-29
madurez	30-44
talludez	45-64
vejez	65+

El cambio básico de la sociedad actual es que los años escolares califican también a casi todos los adolescentes y a una buena parte de los jóvenes. Se podría hablar, incluso, de una "juventud madura", entrando ya en la treintena. La talludez vendría a coincidir con los "años dorados", por cuanto incluye a un número cre-

intervalos aproximados	etapas	rasgo positivo	rasgo patológico
0-1	1. primera infancia	gozo	extrañeza
2-3	2. niñez	deseo	vergüenza
4-6	3. años de juego	impulso	culpa
7-13	4. años escolares	aplicación	fracaso
14-17	5. adolescencia	búsqueda	confusión
18-29	6. juventud	cariño	soledad
30-64	7. adultez	dedicación	agotamiento
65+	8. vejez	conocimiento	desengaño



ciente de personas que se jubilan de manera anticipada.

La razón demográfica hace que el grupo de los viejos o mayores amplíe sus efectivos e invite a una ulterior división. Habría una "primera vejez" que culmina los "años dorados" y una "ancianidad" propiamente dicha, por completo dependiente.

Es muy corriente que los sociólogos, cuando acometen el estudio particular de un grupo social, por ejemplo el de los viejos, empiecen diciendo que "no es un grupo homogéneo". Claro que no; ningún grupo humano lo es, aunque se trate de un conjunto musical o un equipo deportivo. El grupo analizado será más bien homogéneo cuando lo comparemos con otro. Por cierto, otra estulticia sociológica es decir que, entre 2 conjuntos que tienen algún parecido, no hay comparación posible, son incomparables, etcétera. Esa es la negación de la lógica científica, la cual fuerza la comparación de lo que para la visión común resulta "incomparable".

Anticipo que la opinión dominante en la doctrina sociológica respecto a la vejez es sumamente pesimista. Es un rasgo del oficio, puesto que, si no resaltaran los aspectos problemáticos de la vida social, los sociólogos tendrían menos trabajo. Ya se sabe que lo primero es la defensa del empleo. Pero en este caso de la vejez los lamentos de los sociólogos adquieren tonos jermiáticos, apocalípticos. Algunos de los sociólogos más duchos en gerontología han llegado a sostener que el estadio de jubilación es "una pena de muerte social". La metáfora es asaz desgraciada. ¿Cómo se puede hablar de "pena de muerte" cuando el avance sanitario y social ha logrado que sobrevivan más viejos que nunca? No sólo eso; casi todo el mundo está de acuerdo con que el reciente aumento de la longevidad ha superado todas las expectativas. Otra cosa es que se discuta la conveniencia de la jubilación forzosa, como queda dicho. Por lo menos se me permitirá que califique de *taciturna* a esa sociología que con tan mala cara examina la sociedad actual.

Es un lugar común la idea de que los viejos reciben menos ingresos que las personas maduras, las que están plenamente activas. Eso es así cuando consideramos sólo los ingresos de los asalariados. Si se contabilizan las rentas del patri-

monio, la relación indicada no es tan clara y puede que se invierta en el caso de las clases medias y acomodadas. Es cierto que las pensiones suponen menos dinero que los salarios, pero los viejos suelen ser propietarios de sus viviendas y cada vez más de ahorros y valores mobiliarios. En cambio, las personas activas deben más dinero, es decir, tienen muchas veces un ahorro negativo. Es fundamental que la preparación de la vejez incluya una estudiada acumulación de ahorro o patrimonio. En el caso de algunos profesionales y artistas hay una propiedad inmaterial (y generalmente intransferible) que es la suma de sus conocimientos y experiencias. Por asombroso que pueda parecer, ese patrimonio invisible lo es también para el Fisco, aunque no las rentas que pueda generar.

Los sociólogos hablamos de rol (papel) y estatus (rango). A partir de las cuales, concluimos que los viejos no tienen un papel definido, que tienden a ser un grupo marginado o excluido. Es una simplificación y una venganza de los conceptos. El rol y el estatus son ideas "productivas". Se adaptan bien a la actividad económica, a la vida competitiva, aunque sea la de los estudiantes. Así que no se avienen bien a la descripción del estrato de los jubilados, pero es por definición, porque así lo decidimos los sociólogos, al proponer la famosa pareja de conceptos. Pero podríamos recurrir a otros más convenientes para el propósito de conocer las circunstancias de la vejez. Por ejemplo, algo así como la *seguridad moral*, que lógicamente califica más a un viejo que a un maduro. Se traduce en una suerte de tranquilidad para saber lo que se quiere, lo que está bien o lo que está mal. Sería una cualidad ideal para los jueces, que por eso mismo no se tendrían que jubilar forzosamente. Pondré un ejemplo más cercano. A partir de la talludez, un catedrático de sociología no tiene por qué obsesionarse, cuando escribe, por citar o no citar a los colegas según convenga a su carrera. Esa obsesión competitiva es típica de los años de la madurez, cuando hay que merecer en la profesión. Las citas muy estudiadas (en los agradecimientos, en las notas bibliográficas), hasta llegar al escrúpulo, son típicas de los inicios de la carrera. Naturalmente, hay personas talludas que siguen manteniendo esa manía de los



128 años mozos. Puede que la conserven en la vejez. Es un ejemplo de lo difícil que es el arte de envejecer.

La sociedad actual ya no está tan organizada en torno al trabajo como lo estaba la de hace sólo unos decenios. Por eso no se puede decir con justicia que la situación del jubilado sea marginal. Se ha llegado a decir incluso que se halla estigmatizada. No hay tal si la relacionamos con otras edades. Ni siquiera empieza a haber ninguna sanción social contra el parado incolocable o el estudiante que tarda 10 años en terminar la carrera. En términos numéricos, respecto al conjunto de los habitantes, los que tienen una ocupación fija empiezan a ser una auténtica minoría. No tan privilegiada como parece; es la que le toca pagar los impuestos.

Los sociólogos que han estudiado la situación de la vejez cometen a veces el siguiente sesgo metodológico. Le preguntan a las personas mayores algo así como "¿De esta lista de problemas que le voy a leer, dígame cuál afecta más a los jubilados?". Naturalmente, sale que la soledad, el sentimiento de inutilidad, los conflictos familiares, etc., son los problemas que afectan a los viejos. De ahí derivan los sociólogos que la vejez acarrea una especie de "estigma". Pero es más bien el instrumento de observación (la pregunta) lo que introduce ese estigma. La verdad es que el pesimismo es un signo característico de las personas mayores, pero lo es aún más de algunos sociólogos en plena actividad.

En lugar de la pregunta anterior, lo que hay que hacer es una batería de sensaciones o sentimientos, unos positivos y otros negativos, para que los viejos entrevistados contesten su impresión sobre cada uno. Esto es lo que ha hecho Miguel S. Valles en el estudio *La sociedad española 1993-94* que yo he coordinado. El resultado arroja un perfil más bien negativo o pesimista, pero no porque lo ponga el sociólogo. Lo fundamental es que el perfil negativo alcanza valores muy distintos según sea uno u otro el estímulo. Así, el 58% niegan que sean felices como cuando eran jóvenes a los que se añade un 18% que sienten que "la vida no merece la pena ser vivida". Es decir, hay una fracción variable de viejos que se encuentra muy lejos del polo pesimista. Es interesante anotar que, según la obser-

vación de Miguel S. Valles, el 33% de los viejos señalan que "según me voy haciendo mayor, me siento más solo". Es preocupante ese tercio, pero los 2 tercios restantes no manifiestan ese sentimiento. Este resultado contradice el del método anterior con el que los viejos se sentían solos hasta la desesperación.

El estudio de Miguel S. Valles nos sirve para diagnosticar la supuesta soledad de los viejos. Realmente sólo el 20% de los entrevistados viven solos; por lo general son mujeres viudas. El resto viven con el cónyuge o con algún pariente (generalmente una hija). Son muy pocos los que están en una residencia. Esa estructura dista mucho de la que se da en otros países "avanzados" donde predomina la soledad o el internado para los viejos. La verdad es que cuesta llamarlos "avanzados" si han llegado a esa solución tan despersonalizada. La situación española significa una mayor integración familiar de los viejos, puesto que, incluso cuando viven solos, suelen recibir mucha atención por parte del servicio doméstico o de algunos parientes y vecinos. Otra cosa es que en España, como en todas partes, haya casos de extrema desatención, de abandono. Son pocos, pero da la casualidad de que son los que vemos en los reportajes de la televisión. Tampoco hay que idealizar la compañía. Como dice el pueblo, "mejor solo que mal acompañado".

Otro lugar común en la literatura sobre el papel de los viejos es que se erosiona su función transmisora de saberes y de influencia sobre los nietos. Se supone que es un corolario del principio más general de la pérdida de la función socializadora de la familia, sustituida en esto por la escuela y quizá por la televisión. El argumento es impecable por la lógica, pero desgraciadamente no le asiste la prueba empírica. Hoy como ayer la familia es el gran artefacto para ir colocando a los jóvenes en la vida. Precisamente en un momento de gran complejidad laboral, la educación por sí misma sirve de poco para situar a los jóvenes en sus respectivos nichos laborales. Aunque de algo sirviera el título escolar, el empleo se logra primordialmente a través de la mediación familiar. La cual interviene directamente para proporcionar a los hijos el "ambiente" propicio que les va a permitir colocarse. Dentro de la parentela, los abuelos cuentan hoy espe-



cialmente para esa función por una elemental razón estadística. Por primera vez en la Historia hay un suficiente número de abuelos que tienen relación con los nietos ya crecidos. No sólo puede haber más interacción, sino que la hay normalmente, puesto que los abuelos pueden hacer las veces de "canguros". No es tanto la influencia directa de la relación de los abuelos con los nietos. Los abuelos representan la posición de la familia de origen. Los nietos utilizan esa orientación como la mejor brújula para navegar por el mundo competitivo en el que tienen que moverse. Así que la noción de que la familia actual (reducida al núcleo de padres e hijos) socializa poco, y los abuelos menos, es una pura superficialidad sociológica, una de tantas.

Es corriente el tipo de comentario más o menos sociológico sobre el temor de los viejos actuales a enfermar, el sentimiento de inutilidad, la repulsión a envejecer. Todo eso es así casi por definición, lo que no es decir mucho. Lo fundamental es el hecho contrario, la comparación entre los viejos actuales y los de antaño, digamos los de hace 2 ó 3 generaciones. Entonces sí que se tenía temor a envejecer, a enfermar, a ser inútiles porque no había seguridad social. Era una sociedad "productivista" en la que, si no se trabajaba, la inutilidad era manifiesta. Me refiero siempre, claro está, a las clases humildes e incluso a las modestas. Hoy tenemos un valor nuevo, que se puede ser viejo como una situación legítima por sí misma. Así que los tirones sobre la inutilidad de los viejos son una estupenda leyenda para que los sociólogos puedan seguir justificando su función.

Una cosa es cierta. Los viejos no quieren parecerlo, se disfrazan de jóvenes, quieren que se les vea más dinámicos, saludables y alegres de lo que la naturaleza les recomienda. Hasta les da por tener amoríos. Bien, pero ¿por qué todo eso parece molestar a los sociólogos taciturnos? Justamente, esa conducta "juvenil" de los viejos indica que no se sienten tan inútiles o marginados como supone la sociología taciturna. Lo nuevo es hoy que muchos viejos *hacen planes* para su vida, practican el arte de envejecer. Es algo que sus respectivos abuelos hubieran considerado extemporáneo. Por eso es tan interesante que nos paremos a pensar el tipo de posi-

bilidades que se abren hoy a los que inauguran los "años dorados".

Los sistemas de enseñanza que hoy tenemos se dirigen a formar a las personas de pocos años para que, al llegar la juventud, o a su término, empiecen a producir. Es otra vez el resto de una concepción "productivista", acaso necesaria, que olvida un objetivo insospechado, pero que cada vez más se nos impone. Descubrimos que la etapa inicial de acumulación de conocimientos, de hábitos de aprender y de informarse, es la que determina la buena instalación de la vejez. El mejor "plan de jubilación" es un buen plan de Bachillerato. Aunque, la verdad, los planes de estudios han ido a peor, el hecho es que una parte creciente de la población accede a la enseñanza secundaria y más allá de ese límite. Con independencia de su valor productivo, ese avance proporciona a las sucesivas promociones que van entrando en la vejez una gran defensa para los años del inevitable declive físico. La verdadera carencia de los viejos no es tanto la escuálida pensión (que puede ser complementada con la ayuda de los hijos), sino la pobreza de recursos educativos. Aquí caben pocos arreglos.

Por razones que no son del caso, hay que partir del hecho de una cierta contención de los movimientos geográficos de la población española. Ahora se producen sólo los de corta distancia, por ejemplo, dentro de las zonas metropolitanas. Algunos observadores suponen que esos movimientos van a suponer la disgregación de las parentelas. Por ejemplo, los abuelos se quedarían en el centro de las grandes ciudades y los hijos se irían al extrarradio. El supuesto es demasiado simple. Se puede dar incluso el inverso. En buena lógica económica las viviendas del centro son demasiado amplias y caras para que sea aconsejable la persistencia de sus propietarios, una vez que han criado a los hijos y se han jubilado. Hay otras combinaciones, como la lógica ubicación de las residencias de ancianos en las zonas de baja densidad. Pero lo fundamental es que, sea como sea, esa separación física de los parientes dentro de la zona metropolitana no significa "disgregación". Es posible que las corrientes de afecto y de ayuda entre los parientes puedan circular mejor si se encuentran cerca, pero separados. Anotemos que en las zonas metropolitanas casi todos



130 los componentes de la “edad de hierro” tienen coche; casi todos los jubilados disponen de teléfono.

Es fundamental hacerse a la idea de lo que podría ser una especie de *excedencia anticipada* como decía al principio. Viene a sustituir, desplazándola con garbo, a la imposición legal de la jubilación propiamente dicha. No todos los empleos pueden llegar a ese dominio. Aquí es donde se entiende el privilegio de las profesiones liberales. También su servidumbre, porque el perito en conocimientos lo es a todas horas; sólo dejará de leer y escribir en la última.

Una cosa sabrá apreciar el practicante del arte de envejecer: el uso del tiempo. A partir de la jubilación, el tiempo va a ser lo más tasado. Por eso los viejos necesitan menos horas de sueño, sabía que es la naturaleza. Hay que reorganizar la vida para comprar tiempo a cualquier precio. De ahí la irracionalidad de los viajes colectivos para la llamada “tercera edad”. Más parece una forma de matar el tiempo que sería característica de la edad juvenil. Al contrario, el mejor modo que tiene un viejo de ganar tiempo es moverse lo menos posible. Aquí también ayuda un poco la naturaleza. No hay más que seguir sus leyes. Con los años disminuye espontáneamente la curiosidad por viajar, conocer caras nuevas, otros paisajes. Hay que hacer, de esa necesidad, virtud. Los años de juventud y de madurez pueden haber sido azacaneados, ambulantes. El talludito se dispone, en cambio, a gozar de la quietud, el silencio, el paso de las estaciones, las bellotas de la robusta encina, que decía Don Quijote.

Para cumplir esas llamadas del tiempo, los “años de oro” están pidiendo un espacio apropiado. Tiene que tener todos los elementos en su más puro estado: aire, piedra, agua y fuego. No se trata de vivaquear, que esa sería otra vez la actividad juvenil. Antes bien, los cuatro elementos tienen que hacerse cuerpo en una casa. Se dice que “el casado, casa quiere”. No es verdad, o no lo es toda. El viejo, casa quiere, más bien, especialmente si se trata de una persona que trabaja con papeles o símbolos.

La casa definitiva tiene que ser la expresión del estilo de vida que uno ha elegido. Conseguir ese ideal es el lujo mayor al que una persona pue-

de aspirar. Pero ya hemos convenido en que nuestro hombre es un profesional, o más bien un artista, que tiene crédito en los varios sentidos del término. Si no hemos convenido tal cosa, estamos a tiempo.

Una de las técnicas para hacer sufrir a un preso o a cualquier otro interno es la de reducir al mínimo el número de objetos de que dispone. Ese empequeñecimiento se hace todavía más cruel si los objetos ocupan un espacio mínimo. No hay que recurrir a la imagen extrema de una celda de castigo, incluso de una cárcel moderna. Hay veces en que la habitación de un hotel o de una residencia pueden dar esa misma sensación muribunda. No digamos los camarotes de un barco, por muy crucero turístico que sea. Llegada cierta edad, cuánto se agradece que la habitación del hotel tenga flores y libros y cuadros. Es casi un imposible. Lo peor que se puede hacer con un viejo es reducirle el número de objetos personales y empequeñecerle el espacio propio. Es una forma de tortura que se practica con el diseño de las llamadas “residencias de la tercera edad”. Sólo se explica tamaña crueldad si de lo que se trata es de acortar la vida del interno en cuestión. La lección es clara. Al llegar a la etapa de los “años de oro”, para que así sean, hay que conseguir que los ahorros multipliquen los objetos propios y amplíen el espacio asequible. Los fondos privados de pensiones tendrían que imaginar que van a servir para invertirlos en trozos de materia.

Se comprenderá ahora que el talludo casa quiera. Es lamentable que se pueda diseñar una vivienda sin saber para quién va a ser, sobre todo qué edad van a tener sus ocupantes. Los jóvenes y los niños son mucho menos exigentes con el espacio. Pueden compartir una tienda de campaña con otros camaradas o dormir en literas. No suelen tener claustrofobia. Doblado el medio siglo de vida, las personas necesitan la comodidad de los generosos espacios cotidianos. No es por pereza. Simplemente cada grupo etáneo tiene sus exigencias. Los niños necesitan el parque o el patio de recreo para desahogar el exceso de energía. Los viejos salen a la plaza no tanto a tomar el sol o a conversar, como a ampliar un poco más el espacio cotidiano que pueden dominar.



Insisto mucho en los aspectos residenciales porque la propuesta que hago contradice abiertamente la tendencia real. En efecto, yo considero que es mejor que los jubilados (a veces anticipadamente) vivan en un lugar seco, fuera de la gran ciudad, pero cerca del resto de la familia y de un hospital. La realidad me señala que muchos jubilados viven en lugares húmedos (costas) o bien en el centro de las ciudades, en todo caso alejados de los parientes y de los hospitales. Se demuestra que una cosa es la lucubración sociológica y otra el proceso real de las decisiones sociales. Pero por imaginar que no quede.

Algún día las leyes determinarán que la jubilación forzosa a una edad determinada, igual más o menos para todos, es una forma de esclavitud. Hasta que llegue ese día de la gran liberación, los talludos ahorradores harán bien en alojarse en una casa agradable donde puedan ocuparse en algo. Lo mejor será inventarse curiosidades. Los años dorados tendrían que ser para que se pudiera desarrollar lo que uno quiso hacer y no pudo durante la ajetreada madurez. A veces esa dedicación puede ser tan simple como cuidar de otra persona, un animal, algunas plantas. Es curioso que, para la mentalidad española, esas dedicaciones son femeninas. Acaso esté ahí el secreto de la mayor longevidad de las mujeres.

Uno de los mayores pesares de la jubilación es que, al cortar con el trabajo y las relaciones sociales, se deja de recibir información. La estrategia de la "excedencia" más o menos activa pasa por los dispositivos que facilitan nuevas formas de recibir y de emitir información. Por fortuna, entramos en una época prona a facilitar las redes informativas a través de artilugios electrónicos. De momento, este es un juguete para los mozos, pero puede ser la salvación para los viejos. Las casas que se vayan a proyectar ahora tendrán que contar con esa posibilidad de nuevas funciones comunicativas. Desgraciadamente, lo que sucede en la realidad es que la vida hogareña tiene que adaptarse a la vivienda de que se dispone. El ideal sería aplicar el propósito escorialense de Felipe II a la escala doméstica actual. Es decir, la vivienda se diseña para un tipo de vida que se desea. Sólo así los años de retiro podrán llamarse dorados. Podríamos aprender al menos del diseño de las antiguas casas solariegas,

masías o casonas, levantadas para hacer la vida en ellas. Los pisitos actuales están hechos para dormir y poco más, como las habitaciones hoteleras. Pues bien, el domicilio que requiere la "excedencia" de los "años dorados" vuelve a la idea de la casa pairal o solariega, sólo que, naturalmente, sin actividad agraria.

Si se diseñara bien la vivienda (individual o colectiva) para los "años dorados" no sería necesario llegar a ese absurdo del trasiego de viejos en que consiste el turismo subvencionado. Pobre "tercera edad", calvariando de hotel en hotel con la falsa ilusión de que eso es ver mundo.

La "excedencia" a la que me refiero es una especie de otra oportunidad que se le da a la biografía. Es la consecuencia más directa de la ampliación sistemática de la esperanza de vida. En el pasado era excepcional ese bucle biográfico, aunque hay egregios ejemplos. Ahí tenemos la segunda, auténtica y fascinante vida de Don Quijote, que comienza cuando "frisaba la edad de nuestro hidalgo con los 50 años" (I,1). Hasta ese momento no se le había ocurrido ponerse a "desfacer entuertos". Para la época, tenía que parecer una edad proveya. Carlos V se había retirado a los 56 años, pero sólo resistió 2 años más, y eso que era el Emperador. Su hijo, Felipe II, cogió la "excedencia" a los 58 años y duró (con muchos achaques) hasta los 71, gracias al clima de El Escorial. Fueron dos estrategias algo distintas, la del padre y la del hijo. Ambos resisten todo lo que pueden, después de una ajetreadísima vida. Carlos V elige una zona de completo retiro, un paraíso para visitar, no para vivir; ahora lo sabemos. Al Emperador le ataca la malaria. Es la estrategia de los viejos actuales que invierten los ahorros en una residencia lejana, exótica incluso, sea Florida, Málaga o Benidorm. Por lo general, son sitios húmedos, bajos, poco aconsejables para los ancianos. Sobre todo si están lejos de la familia o los amigos. En cambio, Felipe II se refugia en la sierra madrileña, una zona alta y seca, a dos días de camino (entonces no era mucho) de la corte (el lugar de trabajo). Era más una excedencia que un retiro. No elige un monasterio ya establecido, sino que se hace levantar uno de nueva planta, y qué planta. Fue la construcción más imponente de su época. Fue la primera que se



132 pensó para diversos usos. Ya el mismo diseño y las obras de El Escorial supusieron para el Rey una verdadera ocupación creadora, lo que hace trabajar a la imaginación cuando el resto de los sentidos reposan. Es sabido que Felipe II metía la pluma en las trazas de El Escorial. Se hizo fabricar un tablero de dibujo para ese menester. Esto significaba para él “cortar las ocupaciones” de la gobernación y así “descansaba” paradójicamente con esa particular empresa.

La noción de la “segunda biografía” se comprende también a la escala familiar. Por primera vez en la Historia hay una generación de abuelos que pueden llevar la ilusión de ser padres por segunda vez de varias maneras simbólicas. Lo pueden ser por los hijos de sus nuevos matrimonios o también por sus nietos. No es que antaño no existieran esas combinaciones de parentesco, pero solían pillar a los abuelos con muy mala salud. Era difícil disfrutar de esa paternidad vicaria, desde luego, pero no por ello resulta menos estimulante. Después de todo, para los varones la auténtica paternidad es ya más bien simbólica. La única real es la maternidad.

Es inexorable que, al envejecer, notemos un cierto despego por lo que antes nos acuciaba. Por ejemplo, nos volvemos menos competitivos. Pero eso no quiere decir indiferencia general, a no ser

que la provoque un estado físico de senilidad morbosa. También a los jóvenes les puede dar el muermo de la indiferencia. El plan de “excedencia” que aquí propongo puede incluir la realización de algunas tareas que siempre quisimos emprender y nunca tuvimos tiempo de hacerlas. A algunos les dará por el coleccionismo, a otros por recoger setas o por leer a los clásicos. Son quehaceres que no tributan a Hacienda y que no dañan a nadie.

La voz *envejecer* acarrea resonancias de enfermedad, pero no tiene por que ser así. No es más que el movimiento del ciclo vital, tan agradable como el paso de las estaciones a lo largo del año. En la edad dorada la antigua Arcadia no se envejecía, como seguramente en el calendario del Paraíso Terrenal no había estaciones. Francamente, se trata de situaciones indeseables. Una persona no lo es del todo hasta que no experimenta la sensación de envejecer. Sólo al llegar a ese otoño de la vida, esta se le revela como lo que realmente es, un carrusel, según la afortunada metáfora de Erik H. Erikson. Con la particularidad de que, en este caso, después de que una persona esté a punto de completar su ciclo vital, acaso vea, iniciándolo, a su nieto. Es el momento en el que el arte de envejecer adquiere el punto placentero.